

á los gritos de esos pobres hijos, que reducís á la mendicidad. ¡ Ay ! ¿ habéis de ser más brutos que los mismos brutos? Estos proveen á las necesidades de sus hijuelos; pero vosotros, bárbaros, los abandonáis. Llorad vuestros desórdenes pasados, en vez de contarlos con alegría y con ostentacion. Clamad al cielo, y pedid á Dios la gracia de salir de esa extraña morra, en que os tiene sepultados el exceso del vino. Dad gracias á la misericordia divina de haberos conservado hasta ahora: aprovechaos del poco tiempo que os resta para alcanzar, por medio de una verdadera penitencia, el perdon de vuestros pecados, y, despues, la gloria eterna.

DIVISIONES SOBRE ESTE ASUNTO.

EMBRIAGUEZ.—Por este vicio el hombre pone á los demonios en estado de disponer de él de un modo absoluto.

Por este vicio el hombre se expone á la confusion de los grandes y de los pequeños.

Por este vicio el hombre se hace indigno de todas las vocaciones del cristianismo.

EMBRIAGUEZ.—La embriaguez del entendimiento hace al hombre obstinado en sus errores.

La embriaguez del corazon inspira al hombre desprenderse de las criaturas.

La embriaguez del cuerpo expone al hombre á toda suerte de pecados.

Véase: INTEMPERANCIA.

EMULACION.

Emulamini in bono semper.
Sed celosos amantes del bien.

(GAL. IV, 18.)

Todos hemos sido criados para conquistar un reino, cuya condicion principal es la santidad: todos servimos á un príncipe, que desea santificarnos: todos somos destinados á una gloria, que no la concede el Señor sino á los que procuran imitarle en la santidad. Debemos ser santos, porque nuestro rey y nuestro Dios es santo, y esta es la calidad de que más se gloria en las criaturas. El cielo que habita, es su santuario: el cántico eterno que allí resuena, es una continua alabanza de su santidad; y la ocupacion en que se emplea, se reduce á coronar con su justicia á los que hizo santos con su gracia.

¡ Felices los que, elevándose con la fé sobre todo lo criado, llegasen á penetrar el velo de la eternidad, para tomar en el seno de Dios, como en su origen, la idea de la santidad! Pero ¿qué proporcion se encuentra entre Dios y los hombres? ¿Hay alguno que pueda ser santo, como el Señor? Por esto, así como los que no pueden fijar la vista en el sol, lo contemplan en las aguas cristalinas, en donde ven la imágen del mismo sol; así tambien nosotros, incapaces de comprender la santidad de Dios, nos contentamos con enaltecer, con admirar, é imitar su imágen en sus santos. La Iglesia se alegra al ver que en un siglo, en que apenas hay santos, todavía se venera la santidad. Pero se entristece y gime al ver, el poco fruto que nosotros sacamos de sus ejemplos. Cantamos himnos en su alabanza, oímos con gusto referir sus acciones, aplaudimos la felicidad de que gozan; pero concretándonos á la admiracion, no tenemos valor para imitarlos. Llenos de una santa emulacion, debiéramos aspirar á la misma dicha, imitando su conducta. Dios nos manda, que tengamos emulacion para obrar el bien: *Emulamini in bono semper*; y que no la tengamos para imitar ni obrar el mal: *Ne emuleris hominem injustum*. Procuremos, pues, imitar, y aún, si cabe, imitar con exceso las acciones virtuosas de los justos; y guardémonos de imitar los actos de los pe-

adores. De estas dos clases de emulacion voy á ocuparme en el presente discurso; imploremos, primero, los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nada hay tan propio como el ejemplo para inspirarnos un vivo deseo de imitar á los justos. Se pueden interpretar las leyes y los preceptos: se puede responder á un discurso con otro discurso; pero es fuerza ceder al ejemplo, por ser un hecho que trae consigo la prueba y la evidencia. Por esto el Señor suscita en todos tiempos hombres ilustres en santidad y virtud, para que, movidos por una santa emulacion, procuremos imitarlos, y aún aventajarles; pudiéndose decir, que así como en la Iglesia hay una tradicion de doctrina, que conserva la pureza de la fé, y sirve para convencer á los que combaten; así tambien hay una tradicion de acciones, que conserva la pureza de costumbres, y sirve para confundir á los cristianos relajados. Pero estos ejemplos no debemos buscarlos en la tierra, sino en el cielo, pues, aunque hay entre los vivos algunos, que pueden excitar en nosotros la más loable emulacion, con todo, la Iglesia no se atreve á proponernos á ninguno de ellos para modelo digno de nuestra imitacion. Busquemos, pues, ejemplos de una virtud recompensada ya con su verdadero premio.

El evangelista S. Juan nos describe el cielo, lleno de un crecido número de santos de todas naciones, de todos sexos, de todas edades, y de todos estados. Para Dios no hay excepcion de personas: el cielo es la pátria comun de todos los fieles. Allí se admite al pobre sin excluir al rico. Delante del trono de Dios están los infelices del mundo, que se consuelan de los infortunios que han debido sufrir, y los reyes que deponen á sus piés las coronas y los cetros, insignias del justo poder con que gobernaron á sus súbditos. Allí se ve que no hay edad, ni estado, que Dios no haya santificado, para haceros conocer los efectos diferentes de su gracia, que á unos los conduce á la santidad por la aspereza de la penitencia, á otros por la dulzura de la caridad, á aquellos con la observancia de los consejos, á estos con el cumplimiento de los preceptos. Aquellos bienaventurados espíritus son otros tantos testigos ó pruebas de que podemos ser santos, caminando por la senda en que Dios nos ha colocado respectivamente; pues, no fueron ellos de una naturaleza más excelente que la nuestra, sino que tuvieron más arreglada su vida: no tuvieron ménos pasiones y ménos dificultades que nosotros, sino más valor para vencerlas: ni fueron todos mártires, anacoretas, ni monges, sino que en medio del mundo supieron tambien hacer verdadera penitencia.

Es un error creer, que nuestra condicion ó estado es un estorbo

invencible para la santidad. ¿Qué ocupacion puede darse más expuesta á peligros que la de un publicano? ¿En qué ejercicio hay mayor libertad que en la profesion de un soldado? Pues bien, cuando los publicanos y soldados fueron á preguntar al Bautista, qué harian para salvarse, no les aconsejó que escogiesen otra profesion, sino que mandó al publicano que cobrara fielmente los tributos, y al soldado que se contentara con el sueldo que le pagaba su príncipe. No tenemos excusa para no ser santos. Los santos, que veneramos, nos enseñan con su ejemplo á serlo tambien, y Dios nos dispensa las gracias que hemos menester para conseguir la santidad.

San Pablo, escribiendo á los romanos, dá el nombre de santos á todos los fieles: *Dilectis Dei vocatis sanctis*. ¿Acaso podemos creer, que diese el Apóstol este título á los recién bautizados, para establecer con lisonjas el reino y la fé de Jesucristo? No; bien sabia, que el Señor no quiere ser glorificado con mentiras. ¿Tal vez se lo daria, para que se envaneciesen de sí propios? En toda aquella epístola clama contra la soberbia. ¿Acaso los llamaría santos, para excusárseles con este título honroso el ejercicio áspero de las más nobles virtudes? Precisamente en la propia epístola les persuade que aspiren á los dones más perfectos, y que no tienen que esperar la victoria sin haber peleado con valor en la batalla. Su designio no fué otro que advertirles con aquel título de santos, que la vocacion de cristianos es una vocacion á la santidad, y un empeño contraído en fuerza de la gracia que recibieron en el bautismo, gracia que es la fuente de todas las bendiciones espirituales.

Amados oyentes, todas las mercedes que Dios nos otorga, todos los bienes que nos concede, no los quiere absolutamente por sí mismos, sino en cuanto conducen al fin de nuestra santificacion. Si somos ricos, Dios quiere que lo seamos para santificarnos con el buen uso de las riquezas. Si somos sábios, Dios quiere que lo seamos para mejor conocer y cumplir con nuestras obligaciones. Todo lo que el Señor ha hecho y hace por nosotros, lo hace con la intencion de que seamos santos; esto es lo que únicamente nos importa y nos conviene. Imitemos, pues, á los santos, especialmente á los que se encontraron en el mismo estado en que la Providencia se ha dignado colocarnos. Llenos de una santa emulacion, digamos como San Agustin: *Cur non poteris quod isti et istæ?* ¿Por qué no podemos hacer lo que practicaron tantos santos, que tenian las mismas obligaciones que nosotros, y que vencieron los mismos obstáculos que se nos presentan en el camino de la perfeccion? ¿Quién nos priva de imitarlos? ¿Acaso nos falta la gracia? Dios es generoso con nosotros. Si llenos de una santa emula-

cion resolveis imitar á los que la Iglesia os propone por modelos, tambien vosotros sereis en breve tiempo santos.

2. Pero hay otra emulacion, que es fatal, y son muchos los que obran impulsados por ella. Hoy, todas las esperanzas, la actividad y la ambicion de todos dirigen hácia la riqueza. La adoracion del oro, la codicia de la riqueza llevaba hasta la idolatría, culto rejuvenecido, renovado del Dios Mammon; hé aquí la religion de muchos. Oid lo que dice el siglo: «Lo divino conduce al destino; lo que conduce al destino son los goces; luego lo divino que hay en este siglo es verdaderamente la riqueza, que proporciona los goces. ¡Pueblo! mira el Dios que se ha de adorar. El Dios de lo pasado era la miseria, era el sufrimiento, era la privacion; el Dios de lo porvenir es el bienestar; conviene, pues, adorarle.» Y el pueblo corre en todas direcciones hácia los altares de ese nuevo Dios. A proporcion que el comercio se desarrolla y lleva la riqueza á todas las playas, como el vapor transporta á ellas los hombres, los que especulan tienen deseo de mayor lucro, los que trabajan apetecen más el descanso, y todos desean más y más proporcionarse goces. Por todas partes se desenvuelve el egoismo; y para acumular riquezas, se engaña al prójimo, se cometen fraudes, se emplean los más reprobados manejos, se usurpa el pan al pupilo y á la viuda; y si se creyese conveniente para satisfacer la ambicion, se pegaria fuego al mundo.

A impulsos de esta misma emulacion se buscan por todos los medios los honores, las dignidades y altos puestos. El hombre quiere elevarse sobre el hombre, las familias sobre las familias, los reyes sobre los reyes, y los súbditos sobre los superiores. Su sueño, su delirio, su pensamiento dominante, su única aspiracion es la de elevarse sobre todos, aunque para ello sea preciso pisotear á los demás. Ni las injusticias ni las discordias les detienen en este camino. Adelante, van diciendo; adelante en nuestros proyectos, aunque sea víctima de ellos todo el género humano.

Ahí teneis explicado el origen de los males que padece la sociedad. Esta infame emulacion es un mónstruo horrible, que nada ni á nadie perdona para acumular riquezas y para engrandecerse; es un implacable tirano, que todo lo sacrifica; un fuego abrasador, que reduce á pavesas los pueblos, las ciudades y los reinos. Si la Europa está tan conturbada; si los ánimos experimentan tan insoportable inquietud; si vemos trastornarse con tanta facilidad las cosas que nos parecian más arraigadas, esas zozobras, esas agitaciones, esas revoluciones que se verifican, ó que siempre se temen, todo se explica por medio de esa emulacion, que se desarrolla bajo el fuego de la soberbia.

Temamos, amados oyentes, temamos esta emulacion: reflexionemos, que en las riquezas hay un grandísimo peligro de condenarse, porque, haciendo de ellas el ídolo de nuestro corazon, para él son nuestras adoraciones, y para Dios la ingratitud y los desprecios, y para nuestros prójimos la dureza y la insensibilidad de nuestra codicia. No olvidemos, que todas las honras mundanas no pueden hacernos felices. La ley, que todas las cosas rige, no exceptua de manera alguna los honores y dignidades. Si en el mundo todo está en movimiento; si hay oriente y ocaso, luz y tinieblas, borrasca y serenidad, lutos y alegrías, miedo y esperanzas, sueño y desvelos, risas y lágrimas, lamentos y júbilo, amor y odio; si de este modo se suceden y alternan entre sí las cosas contrarias, locura parecerá que no rija esta ley para las honras mundanas. Además de la inconstancia, acompañanlas tantos peligros, que el poseerlas más equivale á un tormento que á una satisfaccion ó gozo. Todos los que las han obtenido, las han alcanzado con grandes amarguras, las han disfrutado con tormentos, y las han perdido con honda pena.

Tengamos pues emulacion; pero una emulacion santa. Todo hemos de perderlo algun dia, todo, ménos las buenas acciones que practiquemos, pues éstas nos aseguran la gloria, que es eterna; procuremos, pues, imitar las grandes obras de los santos, esforcémonos á igualarlas, y hasta á excederlas. Si llenos de esta santa emulacion no pensamos más que en practicar las virtudes, en atesorar méritos, en hacernos semejantes á los que la Iglesia propone como modelos á nuestra imitacion, el Señor derramará sobre nosotros cada dia con más abundancia sus dones, seremos perfectos, y alcanzaremos la gloria inmortal que nos está á todos preparada en el cielo, y que os deseo á todos.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

EMULACION.—Nada contribuye tanto á la corrupcion de los hombres como la emulacion de los mundanos para el vicio.

Nada contribuye tanto á la perfeccion de los santos como la emulacion que hay en el cristianismo.

EMULACION.—La emulacion en los actos de religion es el testimonio de una fé perfecta.

La emulacion en los actos de penitencia es el testimonio de una humildad perfecta.

La emulacion en los actos de caridad es el testimonio de un agradecimiento perfecto.

Véase EJEMPLO, ESCÁNDALO.